

# ACERCA DE LA VIDA PRIVADA DE UN HOMBRE PÚBLICO DEL SIGLO XIX (EL CASO DE MANUEL ANCÍZAR)

*Gilberto Loaiza Cano*<sup>1</sup>  
Universidad del Valle

“Pero en vez de popular, Ancízar fue profundamente estimado, respetado y aun venerado – todavía más: considerado como un modelo –, precisamente porque era un hombre de salón, de gabinete, de cátedra y de hogar íntimo”.

José María Samper

## De la soltería al matrimonio

**H**ablar de la vida privada de un individuo no puede convertirse en una simple digresión anecdótica sobre las intimidades de alguien, como si cometiéramos una intrusión. En los hombres ilustrados del siglo XIX hubo una clara consciencia del nexo indisoluble entre la vida privada y la vida pública, que la una debía contribuir a fundamentar la otra; constructores permanentes de un ideal del buen burgués no escatimaban la posibilidad de erigirse, tanto dentro como fuera de la casa, en modelos de armonía. Sus vidas privadas influyeron en el rumbo de sus actividades públicas; ahí permanecen unos cuantos ejemplos notables: Rafael Núñez, José María Samper, Tomás

---

<sup>1</sup> Profesor Asistente del Departamento de Historia, Universidad del Valle.

Cipriano de Mosquera, Manuel Ancízar. Sin reserva, ellos y muchos otros recurrieron a autorrepresentarse mediante memorias, autobiografías, diarios, correspondencia y otros documentos que dieran cuenta póstuma de sus méritos. No esquivaron la reflexión sobre sus vidas privadas, sobre aquello que sucedía en los confines del hogar y que influía en los asuntos públicos. Los cuadros de la literatura de costumbres hicieron parte de esos estudios de la anatomía y la fisiología caseras, de los cuales se extraían pautas de comportamiento que diferenciaban en la escala social a unos de otros. Por eso este ensayo sobre la vida privada de Ancízar no es una digresión a la moda según las nuevas ordenanzas de las variopintas tendencias historiográficas. No, responde a la necesidad de encontrar nexos entre sus conductas íntimas y sus conductas públicas en estos hombres que se habían autoconferido un papel moderador y modelador en la sociedad de su tiempo. De inmediato podría decirse que se preocuparon por esculpir un orden sistemático en sus sentimientos que correspondiera con sus intereses públicos. Y si se generaba algún tipo de inconsistencia (por ejemplo, la reconversión religiosa de José María Samper; el divorcio de Rafael Núñez) entonces gracias al poder de la escritura recurrían estos hombres a las expiaciones públicas de sus vidas privadas.

Si la lógica del lucro predominaba en la vida pública, tanto en los negocios como en la actividad política, podría suponerse que la esfera privada estaba reservada para los excesos candorosos del corazón y que allí no había lugar para las mezquindades del cálculo sobre los beneficios de cada acto. Rafael Núñez, modelo de realismo político en el siglo XIX, parecía muy convencido de conferirle a su otra vida, la del hogar, el exclusivo dominio del corazón: “El hogar es todo, lo de fuera nada o casi nada i el hogar no es la obra de las preocupaciones i mentiras sociales sino la obra del corazón”.<sup>2</sup> Es posible que estos hombres en su larga e intensa vida de “gentes decentes” encargadas del control del orden político tuvieran momentos de agudas rupturas y crisis entre modelos de existencia guiados por las virtudes del buencatólico o del buen burgués liberal que ansiaba un mundo más laico, de tal modo que los cambios en sus vidas privadas fueran el resultado de una meditada elección. Así que la razón más que el corazón terminaba por imponer sus derroteros; y era la razón del hombre cuasiprofesional de la política que debía encontrar en las paredes de su casa los fundamentos para la adquisición de notoriedad

---

<sup>2</sup> Carta de Rafael Núñez a Manuel Ancízar, Nueva York, febrero 17 de 1864; *Archivo Ancízar*.

pública. El hogar era fuente de riqueza, de honores, de perpetuación de poderes y de prolongación de costumbres.

Valga advertir que este ensayo es un trozo del estudio biográfico dedicado a este personaje, de ahí que haya ausencias deliberadas, tan solo explicables por la sintaxis total de un texto aún inconcluso. Por tanto, es obligatorio darle al lector una información adenda: Primero, Manuel Ancízar nació en 1811 en Fontibón y desde 1821 vivió y se educó en Cuba hasta 1839; segundo, fue el hijo menor y el único sobreviviente entre sus hermanos, buena parte de su vida en La Habana transcurrió solitaria. Por último, en el punto que adoptamos esta reconstrucción de su vida privada, Ancízar venía de cumplir gestiones diplomáticas en algunos países del sur de América y afrontaba un juicio de responsabilidades por una posible malversación de dineros en el pago de la deuda peruana y pensaba que la vida privada iba a mitigar sus dilemas públicos.

\* \* \*

En 1855, después de sus avatares diplomáticos por el sur de América, y con cuarenta y cuatro años sobre sus hombros, Manuel Ancízar padecía o disfrutaba la condición de un reconocido solterón. Su amigo Andrés Bello, desde Chile, se atrevió a aconsejarle, un año después, que ya era hora de aproximarse a los honores del matrimonio; la necesaria prolongación del apellido parecía ser el mejor motivo para asumir esa nueva y necesaria condición: “¿Y Usted, amigo mío, -le inquiría Andrés Bello- dejará extinguirse un apellido que no será de los menos señalados de nuestra historia?”<sup>3</sup> La recomendación era oportuna; a su edad, Ancízar se acercaba a un momento apremiante de su vida personal. Atrás quedaban los amores juveniles de La Habana y se marchitaban los recuerdos de sus amigas confidentes de Caracas, entre ellas la misteriosa Haití, una maestra de piano que tenía su escuela en la capital de Venezuela y que, al parecer, se conocía con Ancízar desde los años de estudiante en Cuba; quizás ella no fue su gran amor de juventud,<sup>4</sup> pero la presunta haitiana lo ataba a un pasado del cual deseaba desprenderse. En la correspondencia con Haití -así firmaba ella las cartas- Ancízar queda expuesto como hombre reservado en la expresión de sus sentimientos, como si quisiera distanciarse definitivamente de su amiga

---

<sup>3</sup> Carta de Andrés Bello a Manuel Ancízar, Santiago de Chile, noviembre 28 de 1856. *Archivo Ancízar*.

de juventud, como si quisiera eludir compromisos y abandonar viejas promesas hechas en circunstancias ardorosas. Leamos este reclamo, escrito en 1850, de su amiga en Caracas:

En verdad, amigo, el tiempo que ha transcurrido sin recibir cartas tuyas ha sido tan largo, que yo le aseguro que si los corazones femeninos no fuéramos tan constantes, i sobre todo si son corazones haitianos, ya habríamos olvidado a Usted, a Usted que es tan mal amigo, que ha escaseado sus cartas justamente en una época distinguida de nuestra existencia i cuando sin duda nos debían ser más gratos los recuerdos de viejos amigos.<sup>5</sup>

En otra carta del mismo año, en la que vacila entre tutearlo y hablarle de usted, su peculiar amiga delata que en Ancízar prevaleció el ocultamiento de sus sentimientos, la distancia ante las mujeres: “¿No recuerda Usted -le dice Haití- cuántas veces le hacía yo cargos por lo muy reservado que Usted era hasta con tus íntimas amigas?”.<sup>6</sup> Haití quiso, de manera infructuosa, ser su confidente: “Así mi amigo, Usted me honraría mucho i me daría muchísimo placer haciéndome la depositaria de sus penas i alegrías, de sus esperanzas, de sus temores, de sus felicidades”.<sup>7</sup> La única respuesta de Ancízar fue el silencio, la misma respuesta que le permitió salir airoso de la seducción de una bella dama limeña enviada por el gobierno peruano para quebrar la resistencia moral del representante diplomático de la Nueva Granada.<sup>8</sup>

Recién llegado de sus misiones diplomáticas en el sur de América, Ancízar hablaba como un político derrotado que se fijaba unos modestos propósitos para el porvenir, en el absoluto retiro de la vida pública; entonces sólo hablaba de “una casita en Fontibón, un caballo, libros, instituir de heredero al pueblo con fundación de escuelas”.<sup>9</sup> Pero desde

---

<sup>4</sup> Su amigo masón, el cubano José Quintín Suzarte, le recordaría después la suerte de quien fue su primer amor en Cuba: “Usted, que escapó del abismo del primer amor ( a quien conocí en estado de momia en 1849)”. En carta a M. Ancízar, La Habana, abril 12 de 1873, *Archivo Ancízar*.

<sup>5</sup> De Haití a Manuel Ancízar, Caracas, junio 19 de 1850. *Archivo Ancízar*.

<sup>6</sup> De Haití a Manuel Ancízar, Caracas, noviembre 27 de 1850. *Archivo Ancízar*.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>8</sup> En carta de M. Ancízar a Rafael E. Santander, le revela la seducción de una hermosa mujer, con dinero de por medio, para dilatar la aprobación de un importante convenio; Ancízar, al parecer, se comportó de manera impasible. Lima, octubre 26 de 1853. *Archivo Ancízar*.

<sup>9</sup> En su libreta titulada: *Apuntes, viajes y gastos, 1852-1855*. *Archivo Ancízar*.

1851, sus libretas de apuntes ya aparecían salpicadas de poemas de su futura esposa, de quien iba a convertirse, según palabras del afortunado, en “huesos de mis huesos”. Y más adelante, cuando al lado de su amigo José María Samper acababa de ser elegido representante ante el Parlamento por el estado de Panamá, se valió de la intercesión de su amigo para manifestar ante la familia Samper Agudelo el deseo de formar hogar con Agripina.

Ella era la única mujer en una familia de influyentes hacendados y comerciantes del alto Magdalena; prominentes hombres de negocios, agricultores y avezados hombres de la política colombiana del siglo XIX.<sup>10</sup> Ella no deslumbraba por su hermosura, sus atributos físicos fueron más bien discretos; pero tenía las raras virtudes, para la época, de ser mujer más o menos instruida, educada para expresar en la poesía sus sentimientos y para escribir en francés las cartas de amor a su prometido. Con el tiempo, se haría conocer mejor por su seudónimo - Pía Rigán- colocado al pie de poemas que fueron publicados, muchos de ellos, por la famosa revista costumbrista del siglo XIX titulada *El Mosaico*.

Agripina Samper Agudelo nació en Honda el cuatro de marzo de 1833, así que era veintidós años menor que su esposo. Debió disfrutar, a pesar de algunas restricciones paternas, de las ventajas de una educación a la que no tuvo acceso la generación precedente de damas de alto rango social. Su madre, por ejemplo, había sido hija de españoles en cuyo hogar se le prohibió cualquier contacto con la lectura y la escritura. Las mujeres de los hogares de ascendencia hispana sólo podían aprender a ser abnegadas administradoras del “gobierno del hogar”, depositarias de virtudes relacionadas con la frugalidad, el ahorro, la diligencia en las faenas diarias, la dedicación a los hijos, la sumisión ante la autoridad del marido, en fin. Nuestro liberalismo decimonónico fue muy tímido en otorgarles a las mujeres los beneficios de los propósitos ilustrados. Era idea generalizada a mediados del siglo XIX que la educación era nefasta para las mujeres, eso podía leerse tanto en la prensa conservadora como en la liberal de entonces. Manuales de urbanidad, tratados de economía doméstica, postulados sobre lo permitido y lo prohibido para la ilustración femenina fueron las principales lecturas de cualquier padre severo en la orientación de sus hijas. El resultado era, por lo general, una mujer que

---

<sup>10</sup> Una apropiada semblanza de la influyente familia Samper se encuentra en Charles Bergquist, *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*, Faes, Medellín, 1981, pp. 45 y 46.

leía y escribía con tropiezos, que cometía errores gramaticales básicos, que difícilmente tenía acceso al aprendizaje de una segunda lengua.<sup>11</sup>

Su madre había sido educada según las “antiguas costumbres españolas”, sólo fue capacitada para leer libros de oraciones y de vidas de santos; pero, recordaba su hijo José María Samper, no se le había enseñado a escribir “por cuanto la escritura podía ser pecaminosa, ni a leer manuscritos, porque esto facilitaba la lectura de cartas o de billetes de amores”<sup>12</sup>. La escritora Pía Rigán tuvo al frente, mientras tanto, un ambiente menos adverso. Como sucedió con algunas otras jóvenes de su tiempo, la futura esposa de Ancízar tuvo entre sus liberales hermanos a improvisados profesores que, a hurtadillas, le permitieron conocer los deleites de la poesía y le enseñaron el apreciado francés, idioma muy útil a la hora de enviar cartas amorosas. Había tenido un padre que, siguiendo el drástico recetario de *Eufemia o la mujer verdaderamente instruida*,<sup>13</sup> le tenía prohibido acercarse a cualquier cosa relacionada con literatura; según ese manual, una mujer que se respetara no debía conocer lenguas extranjeras ni literatura ni bellas artes ni las novedades de ciencia alguna. En el lenguaje paternal del conocido texto de aquella época, el manual, entre muchas otras cosas, aconsejaba:

¿Será bueno que una mujer tenga grandes conocimientos en las ciencias i la literatura, que sepa las lenguas, antiguas i modernas, que haya leído mucho, que tenga gusto para juzgar de las obras de espíritu, i aun que se ponga en estado de componerlas?

No tengo necesidad de demostrarte, hija mía, porque tus solas reflexiones te convencerán, que el mérito literario no puede ser útil a una persona de tu sexo, sino en tanto que se refiera a su situación i a su destino, i que conocimientos que serían mui ventajosos i mui loables en un hombre, podrían ser reprehensibles i perniciosos en una mujer.<sup>14</sup>

Es posible que la esposa de Ancízar haya tenido acceso a alguno de los pocos colegios privados femeninos de Bogotá, y así como pudo aprender música, pintura, manualidades, también pudo aprender a escribir y a leer

<sup>11</sup> Sobre la educación femenina en Colombia, véase el excelente ensayo de Patricia Londoño Vega, “Educación femenina en Colombia, 1780-1880”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 31, n°37, 1994, pp. 21-58.

<sup>12</sup> José María Samper, *Historia de una alma*, Editorial Kelly, Bogotá, 1946, p.22.

<sup>13</sup> Sobre la educación de Agripina y las restricciones del padre, su hermano José María Samper dejó testimonio en *Historia de una alma*, Editorial Kelly, Bogotá, 1946, p. 200.

<sup>14</sup> *Eufemia o la mujer verdaderamente instruida*, Imprenta de J.A. Cualla, Bogotá, 1829, p. 19.

con soltura, además de sumarle a su formación algunas nociones elementales de matemáticas y de geografía. De tal modo que un liberal del talante de Ancízar podía sentirse acompañado por una dama capaz de entender la trascendencia de sus actividades públicas, de leer con él un periódico y de discutirle acerca de las prioridades en la educación de los hijos; pero, claro, sin perder él la jefatura en la representación de la familia. Agripina, entonces, estaba preparada para ser la compañera ideal del sabio, del escritor, del político, del ocupado hombre público.

No podía ni debía llegar más lejos una mujer en aquella época, aunque tuviera los poco comunes atributos de la versificación o de la escritura en prosa. Un liberal tan connotado como el periodista Emiro Kastos, seudónimo de Juan de Dios Restrepo, amigo muy cercano de Ancízar, puesto que colaboraba en la redacción de *El Tiempo*, sostenía hacia 1855 la tesis según la cual la mujer no debía gozar de ningún tipo de derecho político. A propósito de la Constitución municipal de la provincia de Vélez, que le otorgaba a las mujeres el derecho de elegir y ser elegidas, el periodista Restrepo increpaba fuertemente estas liberales y aisladas disposiciones. Para las mujeres, “la vida pública no es su elemento”; rechazaba el mismo autor las alusiones a las obras de Eugenio de Sue y de Saint Simon que favorecían la participación activa de la mujer en la política. Remataba el tema el mencionado periodista diciendo: “Pero la mujer no necesita, para cumplir un bello y heroico destino, de derechos políticos, ni de esa emancipación e independencia quiméricas e imposibles, que en su favor reclaman los novadores modernos”.<sup>15</sup> En definitiva, nuestro liberalismo decimonónico, aparte de expresiones efímeras y aisladas, solía ser bastante jerárquico e inhibitorio en lo tocante a la presencia de la mujer en los asuntos de la organización de un Estado.

¿Y con qué ideas sobre el amor y la mujer llegaba nuestro liberal Manuel Ancízar al matrimonio? En sus apuntes escritos para el album de otra de sus confidentes, la señorita Anita Mola, el joven Ancízar había confesado algunos juicios resultantes de su educación sentimental. Decía por entonces el recién egresado de las academias cubanas que comprendía muy bien que “el imperio del sexo hermoso” iba restableciéndose en el mundo, que patrimonio inalienable de la mujer era la voluntad, que “sus armas” sólo podían ser “la dulzura i la benevolencia” y que “su ciencia

---

<sup>15</sup> Emiro Kastos, “Algo sobre las mujeres”, publicado originalmente en *El Tiempo*, Bogotá, agosto 14 de 1855; véase su libro *Artículos escogidos*, Juan M. Fonnegra, Londres, 1885, pp. 133-137.

toda la sensibilidad". A los hombres les correspondía dedicarse a hacer las leyes que deben regir la sociedad, la esfera de lo público estaba exclusivamente asignada a la actividad de los hombres; mientras tanto, a las mujeres les correspondía la misión silenciosa y lenta de formar en las costumbres, desde la intimidad del hogar. Pero en su percepción de los cambios de valores introducidos por la incipiente sociedad burguesa, notaba él "una tendencia funesta, irracional, desorganizadora", esa tendencia estaba marcada por la llegada de una idea de cálculo y de lucro que invadía hasta los sagrados y etéreos asuntos del amor: "El espíritu de especulación -seguía diciendo- invade por do quiera: todo se negocia, el amor se calcula, la sensibilidad se compra o se finge".<sup>16</sup> Las conveniencias de todo tipo podían, por tanto, suplantar las sinceridades del amor.

Cabe entonces preguntarse, en el caso de Ancízar, si llegó al enlace matrimonial guiado por la pasión o por el cálculo, si fingió sus sentimientos amorosos. La respuesta no puede ser absoluta en ningún sentido; es tan posible que haya existido un poco o mucho de lo uno y de lo otro. Sin duda, el amor fue aliciente básico en la relación tan perdurable y en apariencia tan armoniosa que sostuvo con Agripina Samper; pero también una mirada previsiva en términos de hombre público, de hombre de negocios, le permitió concebir su matrimonio como la mejor oportunidad para crear y sostener una ventajosa alianza con una familia de enorme influenciapolítica en Colombia. Una alianza que lo fortalecía en términos económicos, puesto que podía unirse al agudo sentido comercial de los Samper Agudelo; mientras que en términos políticos afianzaba su papel de intermediario entre los intereses de las élites locales y el poder central. No sería la primera ni la última vez que por asuntos de preservación de estatus o de fortuna se recurriera a las nupcias. Para la época, un matrimonio como el de nuestro personaje encajaba muy bien en un proceso de formación, en nuestro país, de lo que un historiador denominaba, quizás con acierto, de una nueva oligarquía fortalecida por las reformas liberales de medio siglo.<sup>17</sup> Los Samper hacían parte de esa "nueva clase" que se había aprovechado de la barata venta de tierras que en el alto Magdalena habían pertenecido a los resguardos indígenas o a la iglesia católica; combinaban con enorme eficacia el cultivo y la

---

<sup>16</sup> Manuel Ancízar, "Sensibilidad", Album de Anita Mola, Puerto Príncipe, junio de 1838. *Archivo Ancízar*.

<sup>17</sup> Ver al respecto Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970*. El Áncora Editores, Bogotá, 1979, pp. 78-85.



exportación de tabaco, la cría de ganado con tiendas en la capital y otras poblaciones de Cundinamarca. Eran, pues, de los principales beneficiarios de las reformas económicas liberales de la mitad del siglo y detentaban el predominio de sus intereses en la política.

El matrimonio podría ser el ropaje privado de intereses públicos; dicho de otro modo, al matrimonio se trasladaba la ilusión de garantizar notoriedad pública futura y de lograr ventajas en los negocios particulares. En la superficie, todas las maneras amorosas; en el fondo, ambiciones políticas y económicas. De todos modos, los beneficios de la alianza eran mutuos. Con la unión entre Agripina Samper Agudelo y Manuel Ancízar se inauguraba un proceso endogámico que prevalece hasta hoy. En su momento, para el solterón Ancízar era demasiado provechoso que encontrara, asu edad, alguien que le garantizara la prolongación de su escaso apellido y, a la vez, le abriera las puertas de una influyente familia tanto en los negocios del comercio y la agricultura como en los de la política. Su condición de célibe no podía prolongarla, porque le hubiese significado la exclusión de importantes beneficios políticos y económicos.

El recién casado iba a convertirse en el nuevo “hermano” de la numerosa familia Samper, lo cual iba a tener muchas implicaciones para sus intereses privados y para el resto de su carrera pública. Después de su matrimonio con Agripina, se vería haciendo inversiones en tierras y ganado en compañía de sus cuñados; de hecho, se haría socio de la empresa Samper & Cia. En la correspondencia con sus nuevos parientes iban a abundar las peticiones para que Ancízar influyera ante el Ejecutivo en la toma de decisiones favorables para los intereses de la familia Samper. Antonio Samper, el más acucioso de todos los hermanos en las tareas prácticas empresariales, y al tiempo el más discreto en las actividades públicas, suministra los indicios de los nuevos compromisos de todo orden que adquiriría Manuel Ancízar con la alianza matrimonial. Primero, recibiría de sus cuñados la natural bienvenida a la familia Samper, después el ofrecimiento de vivir en Guaduas y, por último, lo más importante, la invitación a compartir los negocios: “Iré pensando — decía su “nuevo hermano” Antonio — qué negocios puede Usted hacer aquí advirtiéndole desde ahora que el establecer algunos me parece sumamente fácil aun cuando fuera paulatinamente, a lo que se agrega que nosotros (Samper & Cia.) tenemos aquí algunos en los que no sería difícil que

---

<sup>18</sup> Carta de Antonio Samper a Manuel Ancízar, Guaduas, julio 6 de 1857. *Archivo Ancízar*.

Usted tomara parte si le parecen buenos".<sup>18</sup> Después del triunfo liberal en la guerra civil de 1860, Manuel Ancízaro obtuvo mayor preeminencia en el gobierno del triunfante Tomás Cipriano de Mosquera, por eso su cuñado Antonio era explícito en decirle muy entusiasmado que "usted y nosotros (los Samper) vamos a quedar ahora muy bien relacionados".<sup>19</sup>

Tener a Manuel Ancízar en Bogotá resolviendo asuntos a favor de los Samper y dejar en la región de Guaduas a su cuñado Antonio encargado de los negocios relacionados con la crianza de ganado y con el cultivo y la exportación del tabaco, correspondía a una ordenada lógica de lucro político y económico sumamente beneficiosa para la sociedad familiar recién establecida. Poder disponer de los alcances ejecutivos de Ancízar en la capital era uno de los propósitos de la familia Samper; así lo hacía entender el mencionado Antonio, cuando Ancízar ocupaba el cargo de Secretario de lo Interior y de Relaciones Exteriores: "Me parece que elegirán ahora jueces de Circuito. Le suplico que trate de intervenir en el nombramiento del de Guaduas, pues tengo muchos negocios para que esa elección me sea indiferente".<sup>20</sup> En otras ocasiones, su relación familiar podía limitar el nivel de sus compromisos políticos. Cuando José María Samper se había convertido en conspicuo dirigente del partido conservador, le exigió a Ancízar escoger entre seguir siendo su "hermano" o su enemigo en las lides políticas:

En cuanto a la aceptación del empleo de Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores, Usted comprenderá que la honra del redactor de la *Unión Colombiana* quedaría gravemente amenazada; pues en la notoria actitud política que tengo, habría incompatibilidad entre dos hermanos, Secretario de Estado el uno y periodista y casijefe de oposición el otro, por lo que yo, para salvar mi honra, tendría que sacrificar todo interés de fortuna y toda consideración, haciendo cruda y constante guerra, en el terreno legal, a la Administración de que Usted fuese miembro.<sup>21</sup>

Como no todo debió ser la vulgar conveniencia, el preludeo del matrimonio estuvo acompañado de un intenso flirteo, con todos los aderezos galantes que podrían distinguir la vida de estos seres empeñados en demostrar, en sus representaciones públicas y en las privadas, que estaban dotados de las maneras más finas para expresar sus sentimientos.

<sup>19</sup> Carta de Antonio Samper a Manuel Ancízar, Guaduas, julio 24 de 1861. *Archivo Ancízar*.

<sup>20</sup> Carta de Antonio Samper a Manuel Ancízar, Guaduas, agosto 12 de 1862, *Archivo Ancízar*.

<sup>21</sup> Carta de José María Samper a Ancízar, Bogotá, junio 2 de 1875, *Archivo Ancízar*.

Por supuesto, el fingido autocontrol cedía a algunos desbordamientos. No podían faltar las cartas en papel azul y en un chapuceado francés, como se vislumbra en los apartes de esta carta donde se intenta concertar una cita amorosa de domingo en la casa quinta de El Libertador, costumbre muy extendida en la alta sociedad neogranadina:

Je te écris pour te dire que nous irons demain, si tu le veus, á la maison de campagne de Bolívar. *Maman mía* dit q'elle nous accompagne si sa santé est bonne le matin; mais si elle ne peut aller, nous irons toi et moi avec Rafael, et alors tu viendras a onze heures et demie.

Mais ce soir tu ne viendras pas? Ah! tu le sais, je ne suis tranquille tant que je ne te vois: vien donc mon Alpha, je t'en prie, et plut á Dieu que nous pouvons passer une heure tête á tête, comme hier soir; je te donnerais alors un bien long embrassement, je te presserais avec amour contre mon coeur qui est tout á toi.

Adieu, et pendant que le soir arrive songe á ta pauvre

Pía Rigán.<sup>22</sup>

(Te escribo para decirte que nosotros iremos mañana, si tú lo quieres, a la casa quinta de Bolívar. Mi madre dice que ella nos acompañarási amanece bien de salud; pero si ella no puede ir, iremos tú y yo con Rafael y tú podrías venir luego a las once y media.

¿Pero vendrás esta noche? Oh, tú lo sabes, yo no estaré tranquila si tú no vienes: ven pues mi Alpha, te lo ruego, y pido a Dios que podamos pasar una hora frente a frente como ayer, yo te daré entonces un largo abrazo, te apretaré con amor contra mi corazón que es todo tuyo.

Adiós y mientras que la noche llegue piensa en tu pobre

Pia Rigán.)

Tampoco podían faltar las incertidumbres de la dama, cuando no encontraba a su prometido en el teatro después de una cita convenida. El reclamo de Agripina exhibía los temores de una mujer agobiada por miles de suposiciones:

Desde el martes no sé de ti, temo que hayas tenido alguna indisposición, en caso tal has podido decírmelo. Anoche estuve en el teatro; esperaba tener el placer de verte, pero quedé burlada ¿Habrás estado enfermo acaso, mi pobre Alpha? ¿O tal vez te dará empacho de que te vean en público antes del *fracaso* con esta parodia de mujer que tanto te ama i que se enorgullecerá de llamarse dentro de poco tu esposa? Perdóname si te lastimo con mis suposiciones i tómalas a chanza.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Carta de Agripina Samper a Manuel Ancizar, sin fecha exacta, probablemente primeros días de 1857; al margen de la carta hay una nota escrita por Agripina: "Le 14 décembre 56, mon sorte décidé. Le 18 janvier 57, inspection de la maison". *Archivo Ancizar*.

<sup>23</sup> Carta de Agripina Samper a Manuel Ancizar, Bogotá, junio 19 de 1857. *Archivo Ancizar*.

Ante las incertidumbres de la novia, Ancízar solamente podía agregar las propias. También él temía que Agripina se arrepintiera de llegar con él al altar: “Pía de mi alma, ¿por qué esa tristeza, por qué ese abatimiento tan parecido a la desesperación? ¿Ves acaso con terror acercarse como un día funesto para ti el de nuestra unión? ¿Es que, como me dijiste la otra noche taladrándome el alma con una espada de hielo, *estás arrepentida?*”.<sup>24</sup>

La pobre Agripina no parecía tener siempre un alto concepto de sí; en una drástica autosemblanza, la poetisa y futura esposa del señor Ancízar describía sus vaivenes sentimentales, sus oscilaciones entre “la mujer tímida, dulce i amorosa que se olvida de todo cuando es feliz, es decir, la Pía Rigán dichosa cuando la llena de caricias Alpha”; y “la mujer fría, brusca y desdenosa cuando hay testigos que la impidan expandirse en amor y en pensamiento”.<sup>25</sup> Agripina protestaba, antes de las nupcias, por los alejamientos repentinos del ocupado Ancízar y por las rutinarias intromisiones de parientes que no la dejaban sola.

Una mujer comprometida, con novio visible y esposo inminente, no podía ir sola al teatro; Pía iba al teatro con sus primas, las señoritas Agudelo, al novio se le reservaba —en el mejor de los casos— una silla distante, así que el único placer de los enamorados era la comunicación de sonrisas y miradas. Y, en otras ocasiones, ante el numeroso séquito que acompañaba a la dama cortejada, el novio no tendría derecho a asiento. Leamos este testimonio de una de las tantas citas que concertaba la pareja a iniciativa, esta vez, de la enamorada: “Como te lo dije ya, esta noche iremos al teatro. Estaremos allá con las Agudelo i con mi señora Carolina: por desgracia, pues, no habrá un asiento para ti; pero tendré siquiera el gusto de verte allí? O dime si vienes antes de las ocho para que nos acompañes”. Una respuesta clásica del futuro marido podría ser esta: “¿Cómo no ir, amadísima mía, si me dijiste que tú ibas? A las siete y media estaré en casa de Usted, i procuraré no ver a nadie más que a ti para salvarme de malos encuentros”.<sup>26</sup> El asedio público sobre la intimidad de la pareja podía propiciar exasperaciones y, como sucedería con frecuencia en el futuro, recriminaciones. Para Agripina y cualquier mujer de la época constituiría un duro y accidentado aprendizaje aceptar las

<sup>24</sup> El subrayado es de Ancízar en carta sin fecha exacta, 1857, dirigida a Agripina Samper. *Archivo Ancízar*.

<sup>25</sup> Carta de Agripina Samper a Manuel Ancízar, Bogotá, junio 29 de 1857. *Archivo Ancízar*.

<sup>26</sup> Carta de Manuel Ancízar a Agripina Samper, sin fecha exacta, 1857. *Archivo Ancízar*.

ausencias del marido, la sala de la casa demasiado visitada, la servidumbre siempre fisgoneando. Con el matrimonio, la única mujer de la familia Samper Agudelo iba a comenzar a vivir los placeres y también los avatares de ser la esposa de un trajinado hombre dedicado a la política, a los libros y a los negocios.

Previo al matrimonio, un momento de intensa emoción era aquel de la oficialización del compromiso mediante el sello del anillo obsequiado por el novio. Otra vez la pluma femenina nos permite conocer el júbilo de la dama en ese momento crucial de la aceptación:

Mil gracias, mi bueno i querido Alpha, por tu lindísimo regalo, él se parece a todo lo que de ti viene, lo conservaré con esmero por que me recorda´ra siempre a mi dulce i amado esposo.

Anoche escribí lo que tu llamas mi decisión, te la incluyo i te suplico que vengas esta noche para acabársela de dar con un tierno i mui sentido abrazo...Ven, te espero mi bien, mi dulce encanto, mi caro i único dueño.

Tuya,

Pía Rigán.

P.D. Tengo el anillo aferrado al dedo i no lo dejaré nunca.<sup>27</sup>

Así que después de algunos ires y venires, nada trágicos, la pareja de enamorados por fin llegaría para contraer nupcias a la iglesia de San Francisco, en Bogotá, el 4 de julio de 1857. La prensa de la época, principalmente el periódico de la familia, *El Tiempo*, no podía despreciar la oportunidad para anunciar públicamente el acontecimiento de la unión de una pareja de individuos que tenían el atributo, escasamente, de ser ambos letrados. Era un clásico matrimonio liberal, de mujer iniciada en los asuntos literarios y un político civil que acumulaba una larga y visible trayectoria en las alturas del poder. El anuncio del periódico decía así:

CRÓNICA ESPECIAL DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ. El último sábado a las cinco i media de la mañana, en la iglesia de San Francisco, oían misa los señores Manuel Ancizar, Manuel Murillo, Manuel, Miguel i José María Samper con las señoras de la familia Samper Agudelo i la esposa del segundo, iera la misa con que se consagraba la unión del Sr. Ancizar, en el año anterior Redactor de este periódico, con la señorita Agripina Samper, ventajosamente conocida de nuestros de nuestros lectores como

---

<sup>27</sup> Carta de Pía Rigán a Manuel Ancizar, sin fecha exacta, Bogotá, 1857, *Archivo Ancizar*.

poeta bajo el seudónimo de PIA RIGAN. Los padrinos i la familia de la novia los acompañaron luego hasta la quinta que fue propiedad i residencia habitual del General Bolívar, donde los esposos se proponen pasar la luna de miel. Ninguna residencia más propia de tan literata pareja!<sup>28</sup>

Y bien, con el matrimonio se iniciaba un nuevo proceso en la vida de estos dos seres, el proceso silencioso de la intimidad que comenzaría a correr paralelo al de la vida pública.

### Los hijos y las menudas cosas del hogar

“Creo que el que se casa debe ignorar su pasado”, había dicho en alguna parte Ancízar; “un hombre antiguo” moría con el matrimonio y nacía el hombre de hogar que debía dedicarle, mal que bien, parte de sus ocupaciones a resolver esas “menudas cosas del hogar”, esas pequeñeces o grandezas que sólo suceden y son importantes dentro de la casa.<sup>29</sup> En ese recién creado reino del hogar iba a establecerse un nuevo orden de funciones y compromisos; ella tendría que encargarse de todos los pequeños dilemas caseros, él tendría ante sí las vicisitudes de la agitada vida pública. El jefe del hogar iba a reinar desde lejos, delegando funciones, confiando en la paciencia de la “otra mitad” que no siempre pudo mantener la calma cuando el marido multiplicaba las ausencias. Los reclamos de la esposa se manifestaron pronto, Agripina entendía que su querido Alpha andaba muy ocupado en altos menesteres, pero la espera prolongada provocaba heridas en la pareja. “Te escribiré, ya que no puedo verte esta noche, dulce y caro amigo del corazón”, así le decía Agripina mientras Ancízar se encerraba en las prolongadas sesiones del Congreso. Ella escribe, muy resignada, “para pedirte perdón por la injusticia de estar molesta contigo porque no has venido a pesar de que sé que debes estar ocupado en negocios graves acerca de la Patria”. Pero de la humildad de las disculpas pasa a las sutilezas de la ironía: “Sé que legislar para el país y discutir materias importantes es más imperioso que pasar tontamente dos o tres horas de la noche al lado de Pia Rigán, que nunca encuentra algo que promover para distraer del fastidio a Alpha”.<sup>30</sup>

<sup>28</sup> *El Tiempo*, Bogotá, julio 7 de 1857.

<sup>29</sup> La conciencia del nuevo estado del matrimonio la expresa Manuel Ancízar en carta a Agripina desde Rionegro, mayo 10 de 1863. *Archivo Ancízar*.

<sup>30</sup> Carta de Pia Rigán a M. Ancízar, Bogotá, febrero 13 de 1858. *Archivo Ancízar*.

A pesar de las tribulaciones repetidas de la ausencia del hombre de la casa, Agripina no tenía reparos en anunciarse públicamente como un ser feliz que había llegado a un nuevo estado de la existencia. El esposo, los hijos, el hogar y el dinero le conferían firmeza a su novel situación. No aparecía en el inmediato porvenir ninguna sombra de ruina o de incertidumbre. Aunque el marido se ausentase, ya no estará sola; aunque los obligados distanciamientos impongan privaciones y lamentos, el hogar será inmovible. Su subordinación es evidente ante la presunta omnipresencia del jefe del hogar; ella tendrá que ser guiada y sostenida, no sólo en el terreno de los sentimientos, también en los pecuniarios. La esposa convertida en poetisa dejaba expresado en unos versos muy medidos el tranquilo estado de felicidad que le había proporcionado el matrimonio.

*Felicidad.*

Hoy ya no sueño, palpo la ventura  
Miro en torno y el cielo me sonrío,  
Tiendo la mano y hallo quien me guíe,  
Quien me enseñe la senda del deber.

Ya de la vida la escarpada cumbre  
Es para mí suavísimo sendero.  
Apoyada en mi tierno compañero,  
A medida que avanzo, afirmo el pie.

Y vivo tan feliz! Cuento las horas  
Por mis horas tranquilas de alegría,  
Y asegurado el pan de cada día  
Espero sin zozobra el duro fin.

Y es tan dulce vivir! Vivir a un tiempo  
En la madre, en el hijo, en el esposo  
Aguardando en la fe y en el reposo  
El momento supremo del morir!<sup>31</sup>

Las ausencias del trajinado marido iban a prevalecer, de tal modo que sólo quedaba la alternativa, con el tiempo, del imperio de la costumbre, de la resignación. Para mitigar la escasez de marido, la desolada Agripina traía parientes y amigos que hasta las diez de la noche, límite oportuno de la intimidad, le brindaban la cortesía de la conversación. Cuando Ancízar se había marchado hacia la clandestinidad, en medio de la recién

---

<sup>31</sup> Pía Rigán, "Felicidad", *El Mosalco*, Bogotá, marzo 10 de 1860.

comenzada guerra civil de 1860, Agripina le contaba, para tranquilizarlo, que “he estado mui acompañada desde que te fuiste: día i noche están aquí mamá, tía Gregoria, Cecilia i Aminta, i para dormir tengo a una de ellas también”.<sup>32</sup> Mientras él estaba escondido, ella recibía las visitas notables de los compañeros de actividad política: Rafael Eliseo Santander, Rafael Núñez, Manuel Murillo Toro. El clandestino Ancízar recibía, entonces, noticias detalladas del hogar y, a la vez, pormenores de la evolución política. Ella, más cerca del guirigay de la política capitalina, ponía al día al marido escondido, pagaba y leía las suscripciones a las publicaciones que le interesaban a Ancízar; esas eran las ventajas de tener por esposa a una dama ilustrada que podía sentarse a leer, entre otras cosas, *El Tiempo*, “nuestro oráculo”, y que podía discernir sobre las consecuencias de algún hecho según las conversaciones con los señores vinculados a la actividad política. Para 1860, la señora del político Ancízar le informaba de los prolegómenos de una nueva guerra civil:

El Gobierno Federal ha mandado ocupar todos los lugares importantes como Honda, Guaduas, Ibagué, La Plata, Ambalema. Es decir, todas las fronteras del Cauca, para someter al rebelde Mosquera; este a su vez, que por fin llevó a efecto su brabata de independizarse, ha mandado ya circulares a todos los ministros diplomáticos, conformándose modestamente con su ínsula; es, pues, segura la guerra.<sup>33</sup>

El “amo de la casa”, como decía Agripina, permanecía más tiempo en sus obligaciones de hombre al servicio del Estado. Era necesario, entonces, crear en el solitario hogar algunas compensaciones simbólicas y sentimentales: caminar por los lugares predilectos del amado esposo, hurgar en su escritorio buscando un retrato; recordar los inoportunos asaltos al gabinete de estudio, cuando el absorto Ancízar leía algún libro de economía política; sentarse en el canapé que servía de improvisado escritorio cuando él deseaba quedarse allí leyendo hasta muy tarde de la noche; regar en su nombre las flores del jardín; contarle con todo detalle las menudas cosas hogareñas. Esta carta de Agripina devela esas pequeñas expansiones caseras de la esposa sin marido y expone esa construcción de símbolos que representan las funciones que a cada cual le corresponde en la vida del hogar:

---

<sup>32</sup> Carta de Pía Rigán a M.A., Bogotá, mayo 3 de 1860. *Archivo Ancízar*.

<sup>33</sup> Carta de Pía Rigán a M.A., Bogotá, mayo 29 de 1860. *Archivo Ancízar*.



No te olvido un momento. Hace tres días deshierbe y podé el jardín en tu nombre: el rosal está espléndido y las amapolas del grupo que tú sembraste se renuevan continuamente como para mantenerme fresca la memoria de su cultivador. La casa marcha bien -continúa Agripina- los criados se portan como siempre, y sin embargo falta el alma de todo que eres tú, sin quien todo se me dificulta Te hago yo la misma falta? Yo no sé si cuando vengas podrás pagarme todo lo que me has usurpado en estos días. En cuanto a mí, nada te debo, porque ya te había anticipado sobradamente mis caricias cada vez que iba a tu cuarto a suspender tu lectura del *Correo de Ultramar* o de tu tomo de Economía Política, cuando con inequívocas señales me hacías entender que estaba sirviéndote de estorbo.<sup>34</sup>

Otras veces, para complacer la curiosidad del alejado hombre público, Agripina preparaba farragosas cartas en las que contaba con minucia, por ejemplo, un día de mercado. Por fortuna, Agripina no satisfacía, solamente, la curiosidad de su esposo, también nos legó a posteriores lectores materia suficiente para conocer algunos rasgos de cómo vivía una dama de la élite liberal del siglo XIX, acompañada por la servidumbre, asignando tareas a los criados, distribuyendo tiempos, cuidando los hijos, ejerciendo la misión indelegable de “gobernadora de su casa”, como lo exigían los manuales de urbanidad y de la vida doméstica de la época. La intención no se ceñía a enviarle al marido noticias de los criados y de los hijos, tal parece que era necesario convencerlo de la importancia de esas pequeñas ocupaciones que absorbían a una mujer y que parecían poco trascendentales para el señor Ancízar:

Día de mercado.-Félix en la plaza de mercado-Cocinera enferma que hace el almuerzo a medias-Roberto i Pablo a veces jugando, a veces peleando-Inés ya mejor del sarampión pero en cama todavía-Jorje inquieto, llorón...Nodrizca que atiende a Jorje, a su hijita i a lavar las mantillas de ambos-Una muchacha para barrer i arreglar los cuartos, hacer mandados i atender a mi llamado para todo lo que a cada instante se ofrece.<sup>35</sup>

Pero la serenidad y la disposición a la renuncia no podían ser el pan de cada día para la solitaria Agripina. Las exigencias del hogar y de la vida pública se tornaban incompatibles, ocasionaban fricciones y aplastamientos que perjudicaban la armonía casera. Por momentos, la tranquila esposa acudía a enviar mensajes exasperados en los que reclamaba la prioridad de los asuntos íntimos. Mientras Manuel Ancízar deliberaba en la Convención de Rionegro y redactaba los proyectos de Constitución política para una fallida utopía federalista, recibía de su esposa esta queja: “Cada día siento más tu ausencia i no puedo

<sup>34</sup> Carta de Pia Rigán a M.A., Bogotá, mayo 14 de 1860. *Archivo Ancízar*.

conformarme conque los intereses de la patria i de la familia estén en desacuerdo".<sup>36</sup>

Una de las prioridades de un matrimonio recién establecido y con la expectativa de ver nacer y crecer varios hijos, era la consecución de una casa. Esta pareja hace notar la modestia y hasta las privaciones de los sectores más ricos de Bogotá a mediados del siglo XIX. Conseguir casa no era sencillo, parece que era mucha la demanda y pocas y no muy gratas las ofertas. Ese trance primario en la vida del recién creado hogar tuvo que asumirlo Agripina Samper siguiendo, por supuesto, las instrucciones dejadas por el esposo. Mientras su marido viajaba a esconderse en Guaduas, Agripina iba acompañada de su hermano Miguel a tratar de arrendar una casa en Bogotá:

El mismo día de tu partida fui con Miguel a ver la casa del Señor Barragán; i se hizo el contrato con arreglo a tus instrucciones, por un año a 40 pesos, debiendo el inquilino cojer goteras, i pudiendo prorrogarse aquel por más tiempo en caso de que tú quieras. No te diré que la casa es cómoda i bonita, porque en las actuales circunstancias debe serlo cualquiera que podamos conseguir.<sup>37</sup>

Pero el negocio del arrendamiento de la casa fue fallido: "¿Sabes que estamos de desgracia? Conseguir casa hoi día es tan difícil como descifrar un jeroglífico egipcio", le decía Agripina en la carta siguiente a su esposo. "Perdida la esperanza de la casa de Barragán, he estado dirijiendo la vista a la esquina fronteriza de los Parra, la que tú querías comprar".<sup>38</sup>

¿Y los hijos? La razón de ser del matrimonio son los hijos. Ellos garantizan la perpetuación del apellido, de la fortuna, de los honores. En ellos se deposita la confianza del porvenir. Ellos serán el remplazo en el orden de acceso a las tareas públicas y en la administración de la riqueza privada. La determinación de tener hijos fue inequívoca en la pareja: en el primer año de matrimonio llegó el primogénito, Roberto, quien nació el 2 de mayo de 1858. Después, y casi en años consecutivos, los cuatro restantes: Pablo, junio 12 de 1859; Inés, septiembre 6 de 1860; Jorge, octubre 31 de 1862; y, por último, Manuel, junio 6 de 1865. El último tendría que

<sup>35</sup> Carta de Pía Rigán a M.A., Bogotá, mayo 15 de 1863. *Archivo Ancízar*.

<sup>36</sup> Carta de Pía Rigán a M.A., Bogotá, marzo 6 de 1863. *Archivo Ancízar*.

<sup>37</sup> Carta de Pía Rigán a M.A., Bogotá, mayo 3 de 1860, *Archivo Ancízar*.

<sup>38</sup> Carta de Pía Rigán a M.A., Bogotá, mayo 14 de 1860, *Archivo Ancízar*.

llamarse, muy simbólicamente, Manuel, como su padre que fue también hijo menor. Esta vez el hijo menor no podía tener la desgraciada suerte de ver morir a sus hermanos y quedar trágicamente solitario.

La armonía, la vida plácida que se intentaba construir en el micromundo de la casa, en oposición a la agitada y turbulenta vida pública, se dota de nuevas tensiones cuando asoma la responsabilidad de los hijos. Las cartas se atiborran de noticias y de silencios. El padre lejano hace pactos de pronto retorno o de dedicar la correspondencia a hablar exclusivamente de la familia, sin mancharla con comentarios sobre la situación política. Pero los compromisos terminan rotos, los reclamos se hacen más frecuentes, las peticiones de compartir obligaciones se reiteran. De todos modos, los hijos imponen otro cauce. Aunque el ocupado político tenga que alejarse para cumplir delicadas misiones, los hijos se vuelven una prioridad: se habla en detalle de los rasgos de cada uno, de los proyectos reservados para cada cual, de las esperanzas y de las frustraciones en la crianza. Cuando Ancízar viaja hasta la recóndita población de Rionegro a hacer parte de los convencionistas que prepararon una nueva Constitución política para el país, dejaba en Bogotá a su multiplicada familia y la pregunta central y casi exclusiva de cada carta era: “¿Cómo están nuestros hijos?”.

Semejante a los tiempos coloniales, la crianza de los hijos de una familia pudiente no era asunto exclusivo de los padres; la madre delegaba funciones básicas en una nodriza que amamantaba al recién nacido, cuidaba la cuarentena de la ama y lavaba las ropas del bebé. La supervisión de los primeros meses del recién nacido era asunto del médico de la familia. Saturnina, la nodriza en los tiempos del penúltimo hijo del matrimonio Ancízar Samper, enfermó gravemente de sarampión, la recomendación del doctor Maldonado fue sustituirla de inmediato para evitar el contagio. La recomendación llegó tarde y los niños enfermaron; la culpabilidad recaía en la madre que dudaba entre guardar silencio para no alarmar a su esposo o decirle la verdad y asumir la responsabilidad de cualquier consecuencia. En definitiva, decidió que lo mejor era confesar la racha de sarampión de todos los hijos y que tenía en grave estado al más pequeño de todos. En otra ocasión debió comunicarle una noticia más alarmante, los niños habían provocado un incendio en la casa:

Esta noche, como a las ocho, habiendo ya refrescado i hecho rezar a los muchachos, sentada yo leyendo tranquilamente, los muchachos, como de costumbre, se entretenían contando sus pinturas e inadvertidamente arrimaron la vela a mi cama i la prendieron fuego; ardió con la mayor rapidez e iluminó toda la alcoba desapareciendo en un instante la colgadura

con la gotera i el cielo de la cama. Yo abrí la ventana, grité con todas mis fuerzas i los vecions ocurrieron en el acto i apagaron con la mayor brevedad.<sup>39</sup>

La responsabilidad casi exclusiva de la madre en la crianza de los hijos se volvía agobiante. Otra vez, acudiendo a la metáfora del jardín, ella decía que urgía la presencia del “hortelano” para perfeccionar la tarea de cuidar los “arbusticos” ya crecidos. Hasta un punto cronológico era aceptable que la madre fuese la máxima responsable, después el padre debía llegar a imponer sus ideales de futuro, sobre todo con el primogénito, en quien se concentraban, quizás con desmesura, las máximas ilusiones. Para mayo de 1863, Roberto tenía cinco años y requería la cercanía del modelo paterno. Así lo anunciaba Agripina en esta carta:

Te confieso que me ha parecido desde que te fuiste, i me lo parece más cada día, ardua la tarea de madre por lo que toca a la educación no sólo del espíritu sino del corazón de los hijos...Es mui cierto lo que dices, siempre te tocará a ti la parte más escabrosa i a mí la más grata: ven pronto, pues, que los arbusticos ya están pidiendo la mano del hortelano que debe darles la dirección conveniente.<sup>40</sup>

Desde la lejanía, el poderoso padre elabora una “fotografía moral” de sus hijos con la ayuda de las descripciones de su esposa. Esa fotografía dictamina con cierto fatalismo el destino de cada uno de los niños. Para 1863, mientras Ancízar legislaba en Rionegro, los padres habían determinado el carácter de los dos hijos mayores; veían que entre Roberto y Pablo había un abismo de dotes intelectuales y de inclinaciones morales. “Veo que Pablo va confirmando mis profecías en su carrera de truhán sin miedo” y que el “literato Roberto es enemigo de las vías de hecho i de los juegos ásperos”.<sup>41</sup> También a distancia otras decisiones trascendentales se habían tomado en cuanto a la educación de los hijos: proclives con la libertad de cultos y con una formación religiosa autónoma, padre y madre fueron partidarios de educarlos en la fe católica en la misma casa. En vez de la institución eclesiástica, la familia debía cumplir con la misión de proporcionar la más elemental enseñanza religiosa. Así parece que procedió el matrimonio Ancízar Agudelo con su progenie.

<sup>39</sup> De Pía Rigán a M. Ancízar, Bogotá, julio 13 de 1870. *Archivo Ancízar*.

<sup>40</sup> Carta de Pía Rigán a M. Ancízar, Bogotá, mayo 28 de 1863. *Archivo Ancízar*. Sobre el tema de la delimitación de funciones entre los padres en el siglo XIX, véase Michelle Perrot, “Figura y funciones”, en *Historia de la vida privada*, tomo 4, Taurus, Madrid, 1989, pp.127-165.

<sup>41</sup> Carta de M. Ancízar a Pía Rigán, Rionegro, abril 30 de 1863. *Archivo Ancízar*.

Cuando por fin el padre ausente retorna a cumplir su gestión omnímoda en el hogar, el lenguaje íntimo se dota de un variado y evocador repertorio; los niños le llamarán cariñosamente “gato” en alusión a un juego de escondidas repetido durante muchas tardes y él, a su vez, les dirá “mis cachifos” o, quizás evocando su infancia cubana, “mis morrocayos”.<sup>42</sup> Los paseos de la tarde iban a ser parte del ritual que ninguno de los hijos iba a olvidar. Salir a caminar con el padre por la ciudad hasta los años postreros de la vejez quedaría para ellos como el recuerdo más grato de la compañía del padre. Era la familia Ancízar Samper que se paseaba recta y ceremoniosa por la ciudad repartiendo dulces, saludos y alguna limosna para cualquier ser que se acercara a contarles su particular desgracia. Los sombreros se separaban de las testas y las cabezas se inclinaban con lentitud al paso del excatedrático, el exrector, el exconstituyente, el exsecretario de Estado, el expresidente del Consejo de Instrucción Pública, el exparlamentario, el expresidente de la Academia nacional de Ciencias Naturales, en fin.<sup>43</sup> Los hijos contemplaban las pequeñas y repetidas escenas de saludos en la calle con orgullo. Organizar las caminatas con los hijos era todo un acontecimiento que mereció la fijación detallada en un poema que compuso Agripina hacia 1871:

*El paseo de la tarde.*

Con el viento la tarde  
Ya está serena  
Hijos, quiero llevaros  
Al Agua-Nueva.  
Bueno! magnífico!  
Pero llévanos lejos,  
Hasta el molino.

Vamos, Inés, arréglate  
Los cabellos,  
Múdame los botines,  
Ponte el sombrero.  
Ven, Jorge, deja  
La broma i acepillate  
La chaqueta.

---

<sup>42</sup> El morrocayo es una especie de galápagos muy común en la Isla de Cuba; sin duda, Ancízar evocaba así su propia infancia.

<sup>43</sup> Con algo de sorna, pero también de verdad, su cuñado Rafael le enumeró todos los títulos que había ostentado nuestro biografiado hasta 1872. Carta de Rafael Samper a M. Ancízar, París, febrero 4, 1872, *Archivo Ancízar*.

Pablo, tú no te aliñas?  
 Miren qué traza!  
 Abotónate el cuello,  
 Ponte corbata.  
 Jesús! qué niños,  
 Que gritan i alborotan  
 Como Pericos!

Acércame la ropa  
 de Manuelito,  
 Oyes? Roberto, ayúdame  
 Pronto a vestirlo.  
 Dame la esponja  
 Tiene suscias las manos  
 la cara toda.

Mas se nos hace tarde!  
 ya estamos listos.  
 Id a llamar entonces  
 A Papacito.  
 Mientras yo salgo.  
 Tengo aquí mi sombrilla,  
 Voi por mi manto.<sup>44</sup>

La huella más profunda de su prevalencia en los asuntos domésticos la dejaba este padre prototipo del buen burgués en las decisiones sobre el futuro de sus hijos. En Roberto se fijaron todas las expectativas, a él le prodigaron las máximas atenciones para prepararlo como el primogénito que debía darle lustre al apellido. Estaba predestinado para ser otro hombre público y para encargarse de la familia al morir el padre. Para él estaba reservado el camino de educarse en el exterior, bajo la protección de su tío solterón, Rafael Samper, el encargado de las casas comercializadoras del tabaco en Francia, Suiza y Alemania; Roberto se encargaría de labrar la senda endogámica al casarse con su prima Josefina Samper Brush, una de las hijas de Miguel Samper Agudelo. Pablo, el prospecto de “petaca”; indisciplinado y derrochador en la edad adulta, quedó condenado a un puesto condicional en la repartición de la herencia paterna, moriría solo y olvidado en Estados Unidos; Inés acompañaría a su madre después de la viudez y se casaría con el científico suizo Walter Rothlisberger; Jorge y Manuel se encargaron de los negocios de la familia y se distinguieron por su perseverancia en la administración de sucursales de las tiendas de Samper & Cia. en Inglaterra y en Argentina.

<sup>44</sup> Pía Rigán, “El paseo de la tarde”, 1871, en *Archivo Ancizar*.

No fue fácil convencer al padre de que su hijo mayor debía viajar a Europa para, al menos, aprender algunos idiomas. Hasta sus diez años se le había fijado una austera línea de conducta dentro de los privilegios reservados al hijo de un digno representante de la burguesía comerciante del siglo XIX. Aprendió a leer y escribir en su casa, con las enseñanzas repartidas de padre y madre, después se le envió al colegio privado que regentaba por entonces el escritor costumbrista y futuro presidente de la república, José Manuel Marroquín. En 1872 se tomó la determinación de enviarlo a Europa bajo la tutoría de su tío. La educación en Europa del joven Roberto resultó determinante para su destino personal y para el futuro público de la familia. Aprendería a vivir de una manera austera en países extraños, conocería a otros hijos de la clase dirigente colombiana de entonces y se daría cuenta de la trascendental importancia de la herencia intelectual y política recibida. En sus manos se iba depositar el prestigio dejado por el padre en los asuntos de organización del Estado. Después llegaría a estudiar Derecho en la Universidad Nacional, donde su padre había sido rector fundador; más tarde sería uno de los más asiduos colaboradores liberales de los gobiernos de la Hegemonía Conservadora.<sup>45</sup>

La decisión de enviar a Roberto Ancízar a educarse en Europa bajo la tutela de su tío Rafael Samper antecede por muy poco tiempo el anuncio de su padre de “retirarse de los negocios”. Eso significaba desestimar en adelante cualquier cargo público y dedicarse, plenamente, a la cátedra, al estudio “i al reposo en el seno de su familia”. Al anunciar ese retiro, le otorga a su cuñado “plenos poderes para la dirección de la educación de Roberto”. Definir la suerte del primogénito, retirarse de los asuntos públicos y dedicarse a la familia era la antesala definitiva de la vejez, de la placidez de quienes podían pensar, en aquellos tiempos, en entregarse con sosiego a morir en medio de los pequeños placeres de su propia casa.<sup>46</sup> Todas las esperanzas quedaban depositadas en quienes recibían el legado, la fortuna acumulada, los méritos alcanzados, el buen nombre cimentado en los supuestos honores de la actividad pública. Con la consciencia de delegar en el hijo mayor el cuidado de la honra obtenida, Manuel Ancízar despide así a Roberto cuando éste se disponía a viajar a Alemania:

---

<sup>45</sup> Roberto Ancízar (1858-1920). Desde 1912 hasta 1918 fue un activo miembro de la diplomacia colombiana, fue responsable del tratado Urrutia-Thompson sobre la indemnización por la pérdida de Panamá.

Mucha confianza he debido tener en tu carácter para resolverme a separarte de nuestro lado, con la seguridad de que este sacrificio será sobradamente recompensado con el gozo de volverte a ver gallardo i aprovechado joven, exento de vicios i profesando amor al trabajo, como toda tu familia. Presérvate de toda mala tentación el pensamiento de que llevas un apellido sin mancha, transmitido puro i lleno de honor desde muchas generaciones. Esta idea forma lo que llamamos 'Religión de familia', que nos hace mirar como un crimen imperdonable el manchar nuestro apellido, precioso tesoro que debes transmitir intacto a tus hijos.<sup>47</sup>

En el hermético lenguaje foucoultiano podríamos hablar, tal vez, de las "tecnologías del yo", de las estrategias construidas por el individuo para cuidar de sí. Los miembros de la clase dirigente de las repúblicas latinoamericanas del siglo XIX acudieron con denuedo a todas las formas posibles de preservación y cultivo de la honra. En el afán evidente de distinguirse como un grupo social prominente, dotado de virtudes privadas y públicas superiores a las de los demás individuos, estos intelectuales elaboraron sendos autorretratos dignificadores de su forma de existencia y justificadores de la aparente naturalidad de su preeminencia en la dirección de la sociedad. Ahora bien, en otro lenguaje, en el de la sociología del prolífico Pierre Bourdieu, podríamos hablar de esa especie de "reproducción moral" de las virtudes, los valores y las competencias "que -dice el sociólogo francés- constituyen el fundamento de la legítima pertenencia a las dinastías burguesas". La legitimidad de la familia Ancízar era depositada, entonces, en el primogénito. Él recibía toda la pesada y "pura" carga de antigüedad del apellido y a él le correspondía encargarse de garantizar la continuidad de todos los bienes, materiales y culturales a la vez, adquiridos por la familia hasta ese instante.<sup>48</sup>

Mientras su hijo mayor se educaba para ser otro hombre de ocupaciones públicas, Manuel Ancízar envejecía en sus paseos diarios por las calles bogotanas, yendo de vez en cuando a dictar su cátedra en el Colegio Mayor del Rosario. Los días de la vejez, de las preocupaciones por aliviar los estragos del tiempo sobre el cuerpo se fueron imponiendo. Después llegaría con parsimonia la muerte. Pero eso lo reconstruiremos en otro lugar y en otro momento: al final.

---

<sup>46</sup> Roberto Ancízar sale de Bogotá hacia Europa a comienzos de 1872 y Manuel Ancízar anuncia su "retiro de los negocios" el 10. de abril de 1874.

<sup>47</sup> Guillermo Ancízar; *Roberto Ancízar, mi padre*, estudio biográfico inédito conservado en el Archivo Ancízar, pp. 10 y 11.

<sup>48</sup> Sobre el tema: Michel Foucault: *Le souci de soi*, Éditions Gallimard, Paris, 1984. Pierre Bourdieu, *La distinción, criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1988.